



Ciclo
B

Homilías

P. Antonio Rivero L.C.

Sacerdos

Julio - Agosto - Septiembre
2018

No. 130

INTRODUCCIÓN

Saco a la luz mi segundo libro –ciclo B- sobre los comentarios a la liturgia dominical, con el anhelo de ofrecer alguna luz sobre la insondable riqueza que la Iglesia nos brinda cada domingo con los textos de la Sagrada Escritura.

Como dije en la introducción del libro del ciclo A, estos comentarios que presento no son propiamente homilías. Son sugerencias para que quien los lea pueda sacar algún provecho para su propia vida o para la predicación, en el caso de que sea un ministro sagrado –obispo, sacerdote, diácono-.

Me gusta siempre dar una sola idea tomada de las lecturas de ese domingo. Idea que suelo desarrollar y desentrañar en tres aspectos, donde trato de mezclar el *aspecto kerygmático o de anuncio*, en el que tanto insiste el Papa Francisco, aterrizando después discretamente en la *parte parenética o moral*, que tanto gustaba a san Pablo en sus cartas, después de haber presentado la riqueza insondable del misterio de Cristo. Así llevamos ese mensaje eterno salvífico a la vida de nuestros hermanos que nos oyen o nos leen.

Soy consciente de la importancia que tiene la homilía. ¡Cuántas veces el papa Francisco ha aconsejado, y casi diría, llamado la atención, a los sacerdotes para que preparemos muy bien la homilía! Dice en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* lo siguiente: “La homilía es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo. De hecho, sabemos que los fieles le dan mucha importancia; y ellos, como los mismos ministros ordenados, muchas veces sufren, unos al escuchar y otros al predicar. Es triste que así sea. La homilía puede ser realmente una intensa y feliz experiencia del Espíritu, un reconfortante encuentro con la Palabra, una fuente constante de renovación y de crecimiento” (n. 135)...“debe ser breve y evitar parecerse a una charla o una clase” (n. 136).

Si estos comentarios que comparto aquí ayudan a más de alguno, me doy por satisfecho y agradezco a Dios la oportunidad de colaborar con mis hermanos sacerdotes a mejorar la homilía dominical y festiva.

P. Antonio Rivero, L.C.

PARA ENTENDER A SAN MARCOS, EVANGELIO QUE NOS ACOMPAÑARÁ ESTE AÑO DEL CICLO B

El evangelista que nos acompañará en este ciclo B será san Marcos. Es el evangelio más breve de los cuatro. Marcos centra todo su libro en la persona de Jesús, en su conducta, sus hechos y dichos, su personalidad, los conflictos que tuvo con las autoridades de su tiempo, su estrecha relación con los discípulos. No pretende sistematizar su doctrina, sino presentar su persona, sus reacciones e intenciones. Presenta a Jesús como una figura viva y humana, pero claramente como Mesías e Hijo de Dios. Y presenta también la vida de la comunidad cristiana: sus preocupaciones y dificultades, y sus esfuerzos por comprender y seguir a Jesús. Por eso presenta al Mesías que predica, que cura, que libera del mal, pero a la vez Mesías que es perseguido y humillado, y que al final triunfará en su resurrección.

Retrata también, narrando la actitud de los primeros discípulos, el perfil de los buenos seguidores de Jesús. En todo el evangelio se describe la estrecha relación de Jesús con sus discípulos, a los que acompaña en su lento proceso de maduración y cambio de mentalidad, y a los que envía a una misión continuadora de la suya.

A estos discípulos, hombres y mujeres, los presenta Marcos como modelos para las generaciones siguientes. También nosotros, en el siglo XXI, nos vemos reflejados en ellos: personas de buena voluntad, que intentan creer y seguir a Jesús, pero débiles, lentos en comprender la identidad y las intenciones del Maestro y, en los momentos claves, cobardes y miedosos.

Seguir a Cristo es difícil, nos da a entender Marcos. Tenemos que aceptar la cruz. Hay que ser cristianos también en los momentos difíciles. Cruz que es el camino y medio para llegar a la luz de la resurrección.

El evangelio de Marcos nos interpela. No nos cuenta, para curiosidad histórica, qué pasó entonces. Sino que nos provoca continuamente a que pensemos: ¿y a mí qué me dice Jesús en este episodio, con estas palabras? ¿Qué debo yo cambiar para ser auténtico discípulo de Cristo?

Domingo 13 del Tiempo Ordinario, Ciclo B

PRIMERA
LECTURA

Sap 1, 13-15

SEGUNDA
LECTURA

2, 23-24; 2 Co 8

EVANGELIO

Mc 5, 21-43

Idea principal: El *contacto* de Cristo nos sana y nos salva.

Síntesis del mensaje: Siguen los milagros con que Jesús demuestra su condición divina. Si el domingo pasado calmaba la tempestad del lago, hoy se nos presenta como señor y liberador de la enfermedad y de la muerte. Y sólo con un *toque*. “*Grande es el poder de Cristo, poder que no sólo habita en su alma, sino que del alma pasa al cuerpo, y del cuerpo redundaba hasta el propio vestido*” (San Hilario). Para ser curados de la enfermedad o de la muerte es necesario que seamos *tocados* por Cristo (hija de Jairo) o que nosotros lo *toquemos* con la fe y confianza (mujer hemorroísa).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, Dios se hizo hombre para entrar en contacto con nosotros¹. Dios descendió hasta nosotros para poder *tocarnos* a nosotros y para que nosotros pudiéramos tocarlo a Él. El *contacto* con Cristo es nuestra salud: “*Toda la gente quería tocarlo porque salía de él una fuerza que sanaba a todos*”. La Encarnación fue justamente ese intento de Dios para tocar a la humanidad y sanarla, porque estaba herida por el pecado; pecado que provocó la enfermedad y la muerte. Las correrías apostólicas de Cristo durante su vida pública no fueron otra cosa que el grande deseo de tocar a los hombres con su Palabra confortadora, su gesto y su mirar misericordioso y sus milagros maravillosos que sanaban cuerpo y alma. La sangre que derramó en Getsemaní y en el Calvario purificó y fecundó nuestro suelo, sembrando la vida divina en nuestros corazones.

1 Saenz Alfredo, *Palabra y Vida*, Gladius 1993, p. 195.

En segundo lugar, sabemos por el evangelio que no todos supieron *tocar* a Jesús ni se dejaron tocar por Jesús. Algunos sumos sacerdotes, fariseos y escribas quisieron tocar a Jesús desde su envidia e inquina, y no permitieron que la fuerza salvadora y sanadora de Cristo entrara en sus almas y las curase de su soberbia y orgullo. También hubo reyes –Herodes- y procuradores –Pilato- que intentaron tocar a Jesús sólo desde la razón de Estado; y nada consiguieron. Muchos de los que a Él acudían le quisieron tocar exteriormente sólo por pura curiosidad o conveniencia; a éstos tampoco les llegó la radiación del poder salvador de Cristo. Pero sabemos que hubo también bastantes que se acercaron a Cristo con la fe y la confianza, como Jairo y la hemorroísa, mujer considerada impura por sus semejantes hebreos, pues sufría de un extraño flujo desde hacía años. Y, ¿qué pasó? Obtuvieron la salud del cuerpo y del alma.

Finalmente, preguntémosnos: ¿cómo y dónde podemos hoy *tocar* a Cristo y ser tocados por Él, y así ser curados? Hoy podemos tocar a Cristo en los sacramentos, en el hermano pobre que está en las periferias existenciales y en el hermano que vive a tu lado, en tu familia. *Primero*, en los sacramentos: en la Eucaristía tocamos ese Pan de vida que nos tonifica, nos alimenta, nos santifica. En la confesión tocamos a ese Cristo Médico que nos perdona, nos alienta, nos cura las llagas que dejó el pecado. En los demás sacramentos tocamos a Cristo que con su gracia bendice y eleva el matrimonio al nivel sobrenatural, haciendo a esos esposos reflejo fiel y fecundo de Cristo y la Iglesia; hace de ese hombre “otro Cristo”, un ministro ungido y consagrado; en la unción de enfermos, ese toque es todavía más visible y trepidante cuando el sacerdote derrama el óleo consagrado sobre la frente y las manos del enfermo. *Segundo*, podemos *tocar* a Cristo en nuestro hermano pobre que está en las periferias, como nos dice el Papa Francisco; tocarle con nuestra caridad misericordiosa, atenta y generosa, sin asco ni recelo. Y *finalmente*, podemos *tocar* a Cristo en ese prójimo que está a mi lado: mi esposo, mi esposa, mis hijos, mis parientes, amigos y vecinos...con la sonrisa, el perdón, el gesto servicial, la palabra amable, la palmadita en la espalda...

Para reflexionar: Así que si nosotros también queremos ser curados, toquemos por la fe la orla de Cristo. La hemorroísa del evangelio de hoy soy yo, que tantas veces se me va la vida a chorros, desangrándome por las calles y las plazas, buscándome a mí mismo, en lugar de amar a los que salen a mi encuentro; inmisericorde, enjuiciando, condenando... viviendo de las apariencias, del dinero, del ego. Yo soy esa mujer impura, esa mujer necesitada del perdón de Dios.

Para rezar: Señor, ten misericordia de mí, que soy un pecador. Tócame con tu gracia divina y cúrame. Aumenta mi fe para acercarme a tus sacramentos donde te toco en lo profundo de mi alma. Que con mi caridad lleve tu toque divino a mis hermanos.

Domingo 14 del Tiempo Ordinario, Ciclo B



Ez 2, 2-5



2 Co 12, 7-10



Mc 6, 1-6

Idea principal: *Testarudez e incredulidad* ante el mensaje de Cristo.

Síntesis del mensaje: Las tres lecturas de este domingo nos presentan un panorama nada halagüeño y consolador: la *incredulidad* y la *testarudez* de tantos ante el mensaje de Cristo. ¿Dónde no experimentamos esto, sobre todo en esas tierras y naciones opulentas, materialistas, ahítas de sí mismas y cerradas a la trascendencia?

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, el pobre profeta Ezequiel (1ª lectura) experimentó esa *testarudez* y rechazo ante el mensaje de Dios que él debía predicar. Es enviado a los israelitas, a los rebeldes de Israel, tercos y obstinados. Rebeldes por su apostasía e idolatría y también por su oposición contra Nabucodonosor, hecha realidad en la actitud de Jeconías y Sedecías en la de sus súbditos contra el rey de Babilonia. Pero Ezequiel es fiel a su misión y transmite las palabras de Dios, especialmente palabras de juicio, que Dios le entrega en un rollo y que él ha de comer y asimilar para hacerlas propias. El resultado de estas palabras de juicio será para el pueblo de Israel, lamentaciones, gemidos y amenazas (Ez 2, 10), pero para el profeta será algo dulce como la miel (Ez 3, 3). Esto manifiesta el implícito contraste de la obediencia de Ezequiel a la voz divina con la rebeldía del pueblo de Israel. Ezequiel es un auténtico mártir en el doble sentido de la palabra: testimonio y víctima. Pero él se mantendrá firme en la hostilidad y en el aislamiento que experimenta.

En segundo lugar, en el evangelio el mismo Jesús sufrió también esa *testarudez* e *incredulidad* en su propia tierra (evangelio); esa soledad y hostilidad. ¡Qué humillación! Él mismo se extrañó porque no se lo esperaba ni lo merecía. Predica en la sinagoga, pero lo único que consigue es que sus paisanos se pregunten de dónde le vienen esa

sabiduría y esos milagros que dicen que hace. ¡Felices deberían estar y festejar que un grande profeta haya salido de su pueblo! Pero no, no fue así. Sus paisanos sufren de miopía espiritual; no ven nada de la grandeza de Jesús, cegados por sus mezquinas preocupaciones diarias. Por eso, no realizó muchos milagros entre ellos, pues no son números de circo para sugestionar a los curiosos y hacer gritar a los exaltados. No los hizo, no porque no pudiera, ya que era omnipotente, sino porque ese pueblo no estaba dispuesto a recibir la fe que le ofrecía. Ese pueblo no aceptó a un Dios con ropaje humano: detrás de ese hijo del carpintero se escondía el Verbo de Dios y el Salvador de la humanidad. ¡Piedra de escándalo fue Jesús para esos hombres incrédulos! Desde aquel día, Jesús callará en su pueblo. Si alguno piensa que en la vida todo es aplausos y vítores, que lea de nuevo el evangelio de hoy, para desengañarse.

Finalmente, también nosotros experimentaremos esta *testarudez*. Pablo así lo experimentó (2ª lectura): azotes, cárcel, amenazas, persecuciones. ¡Cuántas humillaciones sufren los padres de familia por parte de sus hijos ingratos! ¡Cuántas humillaciones pueden sufrir los trabajadores de sus jefes! Y en las parroquias, cuánta testarudez e ínfulas de soberbia de algunos que están al frente de los grupos. Dios seguirá diciendo lo que a Ezequiel: sigue hablando, aunque no te hagan caso. Si no te hacen caso, será responsabilidad de ellos. Debemos cuidar y acrecentar nuestra propia fe, y a la vez no cejar en nuestro empeño de ayudar a los demás también a crecer en la suya, sin esperar necesariamente frutos a corto plazo.

Para reflexionar: ¿Qué experimento cuando sufro *testarudez* y *hostilidad* a mi alrededor, por predicar y dar testimonio de mi fe en Cristo Jesús? ¿Me desanimo o, por el contrario, me crezco y pido fuerzas a Dios?

Para rezar: Medita estas palabras: *“Hijo, si te acercas a servir al Señor, prepara tu alma para la prueba. Endereza tu corazón, mantente firme, y no te angusties en tiempo de adversidad. Pégate a él y no te separes, para que seas exaltado en tu final. Todo lo que te sobrevenga, acéptalo, y en las humillaciones, sé paciente. Porque en el fuego se purifica el oro, y los que agradan a Dios, en el horno de la humillación. Confía en él, y él te ayudará, endereza tus caminos y espera en él. Los que teméis al Señor, aguardad su misericordia, y no os desviéis, no sea que caigáis. Los que teméis al Señor, confiad en él, y no os faltará la recompensa. Los que teméis al Señor, esperad bienes, gozo eterno y misericordia”* (Eclesiástico 2, 1-22).

Domingo 15 del Tiempo Ordinario, Ciclo B



Am 7,12-15



Ef 1, 3-14



Mc 6, 7-13

Idea principal: La misión de *profetizar* y *evangelizar* de todo bautizado.

Síntesis del mensaje: Hasta este momento Jesús había predicado Él solo, aunque con la presencia de los apóstoles que todo lo presenciaban, lo oían y veían. Ahora son ellos los que son enviados a colaborar con Él. Y parece que tuvieron relativo éxito. Sigue siendo verdad lo que el beato Paulo VI decía: “*evangelizar es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar*” (Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 14). Él mismo llama a esta misión: “*la dulce y confortadora alegría de evangelizar*” (n. 80).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, Dios manda a Amós, un laico, a *profetizar* (1ª lectura). Dios manda profetas siempre, especialmente, en los momentos más difíciles, cuando la fe y la moral están relajadas, en tiempos de injusticia y pecados públicos. Un profeta es siempre elegido por Dios, a pesar de sus deseos como persona, que tal vez irían por otros derroteros. ¿Cómo responde Amós? La palabra de este profeta Amós es valiente, denunciando las injusticias sociales de su tiempo, y la falsedad del culto que realizan en el templo nacional de Samaria, Betel. Tanto al sacerdote Amasías, responsable del templo, como al rey Jeroboam, Amós les resulta incómodo y le intimidan para que se marche a su tierra, Judea. Amós, con humildad pero con firmeza, se defiende: no está profetizando por gusto propio, y menos por interés económico, como si fuera un profesional: “*no soy profeta...sino pastor y cultivador de higos*”. Es Dios quien le manda. Y él obedece.

En segundo lugar, ahora es Jesús quien envía a sus apóstoles a *evangelizar* (evangelio), y con ellos a todos los sacerdotes y consagrados y consagradas. Quiere entrenarlos para cuando Él tenga que dejar esta tierra y subir al cielo. La forma en que Jesús manda a sus discípulos a anunciar el Evangelio y los consejos que les da, nos permiten aprender varias características de la auténtica evangelización. *Primero*, trabajar en equipo, pues esto es mejor que un trabajo personal; la evangelización es de toda la comunidad cristiana. *Segundo*, los

evangelizadores deben estar libres de preocupaciones personales y materiales. Deben estar siempre asequibles, independientes y sin ataduras de ganancias personales. *Tercero*, la fe y conversión no pueden ser impuestas sino propuestas; los evangelizadores deben ser pacientes y esperar mejores momentos. Y *cuarto*, la llamada a la conversión es esencial para un anuncio adecuado del Evangelio; conversión que supone liberación de las servidumbres humanas y opresiones. ¿Fruto de la misión? Expulsaban demonios, ungían con aceite a los enfermos y los curaban.

Finalmente, cada uno de los laicos también es *profeta* y *evangelizador* desde el día del bautismo. Misión ésta ratificada conscientemente en el día de la confirmación. Bien nos lo ha recordado la Iglesia en el concilio Vaticano II en el decreto llamado “*Apostolicam actuositatem*”, es decir, sobre el apostolado de los laicos con estas palabras: “*Los cristianos seculares obtienen el derecho y la obligación del apostolado por su unión con Cristo Cabeza. Ya que insertos en el bautismo en el Cuerpo Místico de Cristo, robustecidos por la Confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, son destinados al apostolado por el mismo Señor. Son consagrados como sacerdocio real y gente santa (Cf. 1 Pe., 2,4-10) para ofrecer hostias espirituales por medio de todas sus obras, y para dar testimonio de Cristo en todas las partes del mundo*” (n. 3). Más tarde, san Juan Pablo II en su encíclica “*Redemptoris missio*” volvió a recordarnos sobre la permanente validez del mandato misionero: “*La necesidad de que todos los fieles compartan tal responsabilidad no es sólo cuestión de eficacia apostólica, sino de un deber-derecho basado en la dignidad bautismal, por la cual «los fieles laicos participan, según el modo que les es propio, en el triple oficio –sacerdotal, profético y real– de Jesucristo*” (n. 71).

Para reflexionar: ¿Soy consciente de la dignidad que adquiriré desde el día del bautismo: evangelizador, es decir, proclamador del mensaje de Cristo para que todos encuentren la salvación? ¿Qué me impide ser apóstol convencido: miedo al qué dirán, pereza y comodidad, la sensación de que no estoy preparado? ¿A quién está llegando mi palabra: a mi familia, a los amigos, en el trabajo...?

Para rezar: con la canción bien conocida

Señor, toma mi vida nueva
antes de que la espera
desgaste años en mí.
Estoy dispuesto a lo que quieras
no importa lo que sea
Tú llévame a servir.
Llévame donde los hombres
necesiten tus palabras,
necesiten mi ganas de vivir
donde falte la esperanza,
donde falte la alegría
simplemente por no saber de Ti.

Te doy mi corazón sincero
para gritar sin miedo
tu grandeza, Señor.
Tendré mis manos sin cansancio,
tu historia entre mis labios
y fuerza en la oración.
Así me marcharé cantando
por calles predicando
lo bello que es tu amor
Señor, tengo alma misionera
condúceme a la tierra
que tenga sed de ti.

Domingo 16 del Tiempo Ordinario, Ciclo B



Jr 23, 1-6



Ef 2, 13-18



Mc 6, 30-34

Idea principal: ¿Cómo debe ser el pastor?

Síntesis del mensaje: El domingo 4 de Pascua se nos presentaba Jesús como el Buen Pastor, con mayúscula. Hoy la liturgia nos presenta los buenos y los malos *pastores*. Aquellas personas puestas al cuidado de los demás, social o eclesiásticamente deben tener unas cualidades. De lo contrario, las personas a su cuidado se desorientan, como ovejas sin pastor, y pueden perderse.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, Jeremías denuncia fuertemente, por el bien de Dios, a los malos *pastores* y líderes religiosos de su pueblo (1ª lectura). A ellos no les interesa realmente el pueblo; más aún, dispersan el rebaño, los explotan y poco se preocupan de él. A veces es la gente la que se queja de los malos *pastores*. Esta vez es Dios mismo quien se queja de ellos. Pero los profetas nunca denunciaron sin la esperanza de un anuncio. El anuncio de Jeremías es la venida del Buen Pastor, lleno de justicia y compasión por su gente. ¿Quién fue ese Buen Pastor, sino Jesús?

En segundo lugar, no es fácil apacentar, guiar, cuidar y defender nuestras ovejas. Unas están enfermas y cansadas. Otras son rebeldes y ariscas. También hay ovejas que se han tragado el veneno que los falsos *pastores* les ofrecieron y están casi muertas: el veneno de la teología de la prosperidad, el veneno del consumismo, el veneno del liberalismo sin freno, el veneno de tantas ideologías que están ahogándonos, el veneno de tantos paraísos psicodélicos, el veneno de la corrupción. No sólo las ovejas pueden estar en situación de riesgo; también los mismos *pastores*: están cansados, dejaron de rezar o rezan poco, tienen también el peligro de escuchar otros silbidos sibilinos y engañosos. ¿Qué hacer? Lo que hizo Jesús y que se nos narra en el evangelio de hoy. Para con las ovejas: ver, sentir compasión y ponerse a predicar y a enseñar. Ver cómo está cada oveja. Sentir un infinito

amor por ellas. Curarlas. Alimentarlas con el pan de la Palabra. Y para los *pastores* Cristo recomienda descanso, es decir, retiro espiritual para rezar y reponer fuerzas.

Finalmente, es bueno hoy preguntarnos cómo estamos viviendo nuestra vocación de “*pastor*”, pues todos tenemos esta misión en cierto sentido. *Pastores* son los padres de familia para con sus hijos; ¿qué alimentos les dan: cariño, diálogo, consejo, ejemplo? *Pastores*, como nos recuerda el Antiguo Testamento, también son los gobernantes, que gobernaban al pueblo en representación de Dios...pero, ¿tienen conciencia de esto algunos de nuestros gobernantes que esquilman las ovejas, las explotan y humillan, buscando sólo el lucro? *Pastores* son también los maestros y profesores con sus alumnos y discípulos; ¿a qué pastos les conducen: a la verdad científica, filosófica y teológica? *Pastores* son también los responsables de los diversos movimientos eclesiales para con sus hermanos; ¿a dónde los quieren dirigir: a su propio “*ghetto*” cerrado y fanático o un discernimiento profético de las necesidades más urgentes de la Iglesia? *Pastores* son los sacerdotes al servicio de sus parroquias; ¿cómo tratamos las ovejas que son de Cristo y que Él nos encomendó: paternalismo o paternidad, autoritarismo o autoridad, respetando los talentos y ayudándolos a ponerlos al servicio de la parroquia? *Pastores* son los obispos en sus diócesis. *Pastor* es el Papa al servicio de la Iglesia universal. A todos el Papa Francisco nos pide cuidarnos de “*la cultura y la globalización de la indiferencia*”, que no ve las necesidades de tantas ovejas que están perdiéndose y desorientadas y heridas y con hambre. Y a los *pastores* de la Iglesia –obispos y sacerdotes- nos pide huir del carrerismo y el afán de lucro en el servicio que prestamos a nuestra gente, como pastores.

Para reflexionar: ¿Hoy Cristo me tendría que reprender o felicitar sobre mi misión de pastoreo? ¿Siento compasión al ver tantas ovejas sin *pastor*? ¿Qué hago por esas ovejas?

Para rezar: nos servirá el salmo 23:

El Señor es mi pastor, nada me falta.

En prados de hierba fresca me hace reposar,

me conduce junto a fuentes tranquilas

y repara mis fuerzas.

Me guía por el camino justo,

haciendo honor a su Nombre.

Aunque pase por un valle tenebroso,

ningún mal temeré,

porque Tú estás conmigo.

Tu vara y tu cayado me dan seguridad.

Me preparas un banquete

en frente de mis enemigos,

perfumas con unguento mi cabeza

y mi copa rebosa.

Tu amor y tu bondad me acompañan

todos los días de mi vida;

y habitaré en la casa del Señor

por años sin término.

Domingo 17 del Tiempo Ordinario, Ciclo B

PRIMERA
LECTURA

2 Re 4, 42-44

SEGUNDA
LECTURA

Ef 4, 1-6

EVANGELIO

Jn 6, 1-15

Idea principal: “*Dadles vosotros de comer*”.

Síntesis del mensaje: Durante cinco domingos seguidos leeremos el capítulo 6 de san Juan, donde se nos narra el discurso-catequesis de Jesús sobre el Pan de vida. Juan es el teólogo de la Eucaristía. Podríamos resumir así las ideas de estos domingos: milagro de los panes (domingo 17); diálogo sobre el maná del desierto (domingo 18); qué significa creer en Jesús (domingo 19); qué significa comer a Jesús (domingo 20) y finalmente las reacciones de los oyentes y discípulos ante el discurso del Pan de vida (domingo 21). La vida cristiana tiene su centro en la Eucaristía. Sin la Eucaristía no podemos vivir. La Eucaristía exige y nos compromete a compartir también nuestros diversos panes con los hermanos: “*Dadles vosotros de comer*”. Sí, dar nuestro pan a la gente (1ª lectura). Y darlo con humildad, amabilidad, comprensión (2ª lectura).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, Jesús hoy nos da un ejemplo maravilloso para todos nosotros cristianos y no cristianos: *ve* la muchedumbre que le sigue, *siente compasión* por ella porque la ve hambrienta y *soluciona* esta necesidad básica –el hambre-, símbolo de otra necesidad profunda, la necesidad de Dios, de su Palabra y de su amor. Ahora bien, Cristo quiere también nuestra colaboración y por eso dice: “*Dadles vosotros de comer*”. Es un gran desafío que requiere fe, confianza y generosidad de nuestra parte para compartir lo mucho o lo poco que tengamos. Gracias a que todos colaboraron Dios obró el gran milagro de la multiplicación de los panes y peces. Así fue también en el caso de Eliseo en la primera lectura de hoy.

En segundo lugar, la Iglesia ha seguido el ejemplo de Jesús durante estos 21 siglos de historia, obedeciendo al imperativo “*Dadles vosotros de comer*”. La Iglesia ha repartido generosamente el pan de la compasión y de la ternura con los enfermos, ancianos, huérfanos. Ha sabido conjugar la evangelización con la beneficencia y el cuidado material de los más pobres, co-

laborando y completando lo que en principio pertenecería a los deberes de cada Estado. Testimonio de esta acción caritativa y de promoción humana y cristiana son las diversas órdenes y congregaciones religiosas: Las Misioneras de la Caridad de la beata Madre Teresa de Calcuta; las Hermanitas de los Ancianos desamparados de santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars; los Hermanos Hospitalarios de san Juan de Dios; los servidores de los enfermos de san Camilo de Lelis; las siervas de María ministras de los enfermos de santa Soledad Torres Acosta; los Oratorianos de san Felipe Neri...y una corona de cristianos comprometidos, misioneros, voluntarios, religiosos y religiosas que trabajan desinteresadamente en el campo sanitario y educativos y “comparten su pan” con los que no tienen. Esta colaboración es a veces económica y otras, la donación de sí mismos, de su tiempo, de su trabajo. Y lo hacen no sólo con los países del Tercer Mundo, sino más cerca, en su propio ambiente, en que los ancianos o los enfermos o los pobres necesitan el “pan” de nuestra acogida, ternura y cercanía.

Finalmente, ese “*Dadles vosotros de comer*” implica, pues, compartir el pan material. Pero sobre todo es un símbolo muy expresivo de otros “panes” de los que también tiene hambre la humanidad: la *cultura*, pues muchos están sin escuela; *trabajo* digno y estable; *vivienda* para los que están en la calle durmiendo debajo de los puentes o en cualquier plaza; *posibilidades de vida* especialmente para emigrantes que abandonan su país en búsqueda de un porvenir. Cristo no sólo da de comer o cura los enfermos y resucita muertos; también predica el Reino, perdona pecados, conduce a Dios. No quiere que se queden en el mero hecho del milagro material, sino que den el salto a la fe y al compromiso de la donación. Este discurso de san Juan capítulo 6 irá poco a poco llevando a los lectores a la comprensión más profunda del sacramento de la Eucaristía.

Para reflexionar: ¿Cuántos panes y peces tengo en mi morral? ¿Los comparto o me los como a solas en un rincón? ¿Qué pasaría si todos compartiéramos lo poco o lo mucho que tenemos? ¿Qué nos hubiera pasado si Cristo no comparte con nosotros su Eucaristía, su Santa Madre, su Palabra, su Cruz, sus sueños, sus alegrías y tristezas?

Para rezar: Señor, perdona mi egoísmo al no querer repartir mi pan con mis hermanos. Limpia mis ojos para ver las necesidades de mi prójimo. Ensancha mi corazón para que sienta compasión por él. Y sobre todo, dame manos que sepan compartir y repartir mi pan con los necesitados, consciente de que así sigo tu ejemplo y el de tantos santos.

Domingo 18 del Tiempo Ordinario, Ciclo B

PRIMERA
LECTURA

Ex 16, 2-4,12-15

SEGUNDA
LECTURA

Ef 4, 17,20-24

EVANGELIO

Jn 6, 24-35

Idea principal: Del *pan* material hay que pasar al pan espiritual.

Síntesis del mensaje: El ser humano no es sólo cuerpo. También tiene alma, y afecto y sentimientos y espíritu. Querer saciar sólo el cuerpo es vivir sólo a nivel biológico y como los paganos (2ª lectura). Querer alimentar sólo el alma es angelismo. Atender cuerpo y alma es humano y divino, al mismo tiempo.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, el maná del desierto (1ª lectura), que consiguió Moisés para su pueblo durante el desierto, es una prefiguración del *Pan celestial* que Cristo nos dará en la Eucaristía. Moisés quiso que su pueblo superase el cansancio, el desánimo y la rebelión. El maná del Antiguo Testamento no daba la vida; todos los que de él se alimentaban, tarde o temprano sucumbían. En cambio, el Pan verdadero que es Cristo, da la vida que no muere, pues el hombre también tiene otras hambres profundas: hambre de amor, de felicidad, de verdad, de seguridad, de sentido de la vida. El pan corporal era pan de muerte, porque sólo se ordenaba a restaurar temporalmente las fuerzas, sin evitar con ello la muerte ulterior. Por el contrario, el pan espiritual vivifica, porque destruye la muerte. Por eso, Cristo es el Pan verdadero, del cual el maná era tan sólo figura. Y Dios se preocupa de dar su “pan” a los cansados. Y ese Pan es su Hijo en dos platos gratuitos en cada misa: el pan de la Palabra y el pan de la Eucaristía. Es una pena que algunos se contenten con la “olla de carne” de Egipto. Lo malo no es tener hambre, sino no tener hambre de las cosas que valen la pena, no saber que nos falta el auténtico pan. Lo malo es quedarse satisfecho de la “olla de carne” que ofrece el mundo, con valores que no son los últimos.

En segundo lugar, todos sabemos cómo es el proceso del *pan*. Grano que se entierra en la tierra y pasa su invierno. Después florece en espiga. La espiga es cortada y llevada al molino y se tritura. Así también pasó con Cristo que es el Pan vivo, hecho Palabra y Eucaristía.

También Él se enterró 30 años en Nazaret. Brotó la espiga de su madurez. Y antes de hacerse comible y digerible como alimento de inmortalidad, pasó por la Pasión, donde se dejó triturar por los golpes, por los azotes, por el odio, por la lanza, para hacerse pan de nuestra Eucaristía. Como el trigo, Cristo debe ser molido antes de volverse Pan de vida eterna. A esto la Iglesia llama la Eucaristía como sacrificio. Es verdad que Cristo ya ofreció el sacrificio en la cruz una vez por todas aquel primer Viernes Santo. La Eucaristía prolonga este aspecto sacrificial: es el sacrificio de Cristo renovado, perpetuado, actualizado sobre nuestros altares. Al celebrar ese sacrificio en la misa hacemos conmemoración de su muerte, de esa muerte que fue una y no muchas. La Eucaristía es, pues, el sacramento del sacrificio de la Cruz, donde nos da a comer el Pan que es su Palabra y su Cuerpo.

Finalmente, así como el *pan* material nos hace crecer en el cuerpo, así también el Pan de la Eucaristía, que es Cristo mismo, nos hace crecer en virtudes. Crecemos para arriba, para una visión sobrenatural, superando la visión rastrera y humana. Crecemos para los lados, tendiendo nuestra manos para ayudar a los demás, superando nuestro egoísmo y cerrazón. Crecemos para adentro, para poder tener en nosotros los mismos afectos y sentimientos de Cristo Jesús. No somos nosotros quienes asimilamos a Cristo, sino que es Cristo quien nos asimila, nos dirá san Agustín. Y nos hace crecer, hasta alcanzar su estatura, como dice san Pablo en la carta a los Efesios. No sólo nos hace crecer, sino que también nos une a su propio sacrificio. En la Eucaristía nosotros también comemos y participamos de su pasión, muerte, resurrección y ascensión. Su sacrificio pasa también por nuestras manos y por nuestra vida; completando en nosotros *“lo que falta a la Pasión de Cristo”*.

Para reflexionar: ¿Deseo ese *pan* que es Cristo, o me conformo con otros panes que el mundo me ofrece? ¿Me contento con asistir pasivamente a la misa o también yo me inmoló interiormente con Cristo para la vida del mundo? ¿Soy pan tierno que me ofrezco a mis hermanos mediante la entrega generosa, la disponibilidad sin medida, la escucha atenta? ¿Qué busco en Dios: sólo soluciones a problemas materiales y humanos? ¿O también busco soluciones para mis problemas espirituales?

Para rezar: Señor, dame siempre de este Pan de vida eterna. Que no piense más en las cebollas del Egipto seductor.

Domingo 19 del Tiempo Ordinario, Ciclo B



1 Re 19, 4-8



Ef 4, 30-5, 2



Jn 6, 41 - 51

Idea principal: Sin *fe* es imposible entender, valorar y acercarse al banquete donde se nos sirve este Pan de vida eterna, que es Jesús.

Síntesis del mensaje: Sigue la catequesis de Jesús sobre el Pan de la Vida en la sinagoga de Cafarnaún. Hoy Cristo nos pide *fe* para creer que Él es el verdadero Pan de la vida que Dios envía a la humanidad para que sacie su hambre. El que crea en Él tendrá la vida eterna.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, la *fe* puede pasar por momentos duros psicológicos, como le pasó al profeta Elías en la primera lectura de hoy. Elías, huyendo de las amenazas de muerte de la reina Jezabel, es vencido por el miedo y la depresión, a pesar de haber hecho gala de coraje y confianza en la escena anterior. Esta imagen del profeta, tocando los límites de la existencia, resulta entrañable y conmovedora. No menos conmovedores son los cuidados de Dios hacia el profeta, brindándole comida y aliento por medio de un ángel en una doble escena que nos recuerda la del torrente Querit. Ya en el desierto, la huida de Elías se convierte en peregrinación hacia el Horeb, la montaña de Dios: *“Fortalecido por ese alimento, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta la montaña de Dios, el Horeb”*. Elías parece desandar el camino del pueblo en busca de los orígenes de la *fe*. Para acercarnos y gustar del Pan de la Eucaristía tenemos que vencer todos los obstáculos desde la *fe* y confianza en Dios. Dios le dio a Elías pan para comer, y lo llenó de energía. Así también a nosotros en la Eucaristía.

En segundo lugar, el Evangelio me invita a purificar la *fe* de otros obstáculos mentales. La gente, que ha seguido a Jesús hasta ahora más por interés propio que por *fe*, lo empieza a criticar. No están listos para creer y seguir sus palabras, cuando les reprocha su pru-

dencia humana y sus ideas preconcebidas. No es extraño a nuestra propia experiencia: tendemos también a elegir lo que nos gustaría o no nos gustaría creer. Jesús deja bien claro que la fe es un regalo de Dios: *“Nadie puede venir a mí si mi Padre que me envió no lo atrae”*. ¡Tenemos que sentir la atracción por Jesús! De lo contrario, cualquier tío-vivo, carrusel psicodélico o feria de la plaza nos llamará más la atención que este Pan de vida eterna.

Finalmente, y con la fe robustecida y purificada, entonces estamos preparados para comer de este Pan y nuestra alma tendrá vida; creceremos en fe, esperanza, amor a Dios; amor, justicia y solidaridad con los demás. Si comemos el Cuerpo de Cristo, no moriremos para siempre; viviremos para siempre después de la muerte, pues la Eucaristía es prenda de la gloria futura. La semana pasada contemplamos la Eucaristía como sacrificio; sacrificio incruento de Cristo, actualizado en la santa misa. Hoy damos un paso más: la Eucaristía también es prenda de la gloria final. El que la recibe como corresponde, vivirá para siempre. No quiere decir, lógicamente, que la recepción de la Eucaristía nos ahorre la muerte corporal. Nosotros comulgamos con frecuencia, y a pesar de todo un día moriremos. Aquí se trata de la muerte espiritual, de la muerte eterna. El Pan que desciende del cielo nos libra de esa muerte y nos da la vida que no perece. Todo alimento nutre según sus propiedades. El alimento de la tierra alimenta para el tiempo. El alimento celestial, que es Cristo, Pan bajado del cielo, alimenta para la vida eterna. Nuestro Horeb es el cielo. Hasta allí, hasta ese umbral, nos acompañará el Pan bajado del cielo.

Para reflexionar: ¿Cuáles son mis motivaciones para recibir la Santa Comunión? ¿Disfruto de este banquete de la Eucaristía? ¿Cada día crece mi fe en la Eucaristía?

Para rezar: Gracias, Señor, por tu Eucaristía que no sólo nos acompaña en nuestra peregrinación al cielo, sino que, en cierto modo, ya desde ahora siembra algo de “cielo” en nuestro interior. Señor, dame conciencia de que en la Sagrada Comunión te recibo a Ti resucitado y glorioso; y me aplicas el fruto de tu Pasión y me comunicas el germen de tu resurrección. Me da alegría lo que me dice san Gregorio de Nisa: *“al recibirte, me conviertes en principio de resurrección, frenando en Ti la descomposición de mi naturaleza”*. Tú eres, Señor, el remedio de inmortalidad, como decía san Ignacio de Antioquía. Y yo lo creo.

15 de agosto, Solemnidad de la Asunción de la Virgen al cielo²

PRIMERA
LECTURA

Ap 11, 19^o; 12, 1.3 - 6a, 10ab

SEGUNDA
LECTURA

1 Co 15, 20-27

EVANGELIO

Lc 1, 39-57

Idea principal: El misterio glorioso de la Asunción de María al cielo es como la contrapartida del misterio gozoso de la Anunciación.

Síntesis del mensaje: Si María se encuentra en el cielo con cuerpo y alma no cabe el pesimismo absoluto: la humanidad no está condenada a la corrupción. Si María ha sido asunta al cielo, no cabe el orgullo prometeico: el hombre no es un ser autosuficiente, sino que para alcanzar su realización final depende de las manos de Dios.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, resumamos un poco la historia y el contenido del dogma de la Asunción de María al cielo. Desde el siglo VI a este día, 15 de agosto, se le llamaba la Dormición de la Virgen, título con que hoy se la sigue designando en Oriente junto con el de Tránsito da María. En el siglo VII fue adoptada por la Liturgia romana, por cuyo influjo se difundió posteriormente en Occidente, donde se la designó Asunción de María. La liturgia romana actual la considera como la *“fiesta de su destino de plenitud y bienaventuranza, de la glorificación de su alma inmaculada y de su cuerpo virginal, de su perfecta glorificación con Cristo resucitado; una fiesta que propone a la Iglesia y a la humanidad entera la imagen y la consoladora prenda del cumplimiento de la esperanza final; pues dicha glorificación plena es el destino de aquellos que Cristo ha hecho hermanos teniendo en común con ellos la carne y la sangre”* (Pablo VI, *Marialis Cultus*, 6). La asunción de María es un dogma definido solemnemente por Pío XII el 1 de noviembre de 1950 con la constitución apostólica *Munificentissimus Deus*. Ella participa de la resurrección de Cristo en cuanto que estuvo perfectamente unida con él, escuchando su palabra y poniéndola en práctica. La asunción es la epifanía de la transformación tan profunda que la semilla de la palabra divina produjo en María, en la integridad de su persona.

En segundo lugar, este misterio glorioso es la contrapartida del misterio gozoso de la Anunciación. En el misterio de la Anunciación, el abismo de humildad de María provocó el vérti-

go de Dios que descendió a su seno. En el misterio de la Asunción, Nuestra Señora se rinde a la nostalgia vertical del Dios que enamoró su juventud y que ahora la atrae a las alturas. Y así como por la Anunciación, María franqueó a Dios la entrada a este mundo haciéndose en cierto modo puerta de la tierra, así por la Asunción es llevada a la gloria como Madre nuestra, convirtiéndose de esta manera en la puerta del cielo, “*ianua coeli*”, según se las letanías lauretanas del santo rosario. Ella es, así, la nueva escala de Jacob por la que Dios desciende a los hombres (Anunciación), y por la que los hombres ascendemos hasta Dios (Asunción).

Finalmente, la glorificación de María asume un valor de signo escatológico para todo el pueblo de Dios que camina todavía hacia el día del Señor; signo adaptado para sostener en la seguridad la esperanza de la propia realización escatológica, como la de María, y para dar aliento a cuantos se encuentran aún en medio de peligros y de afanes luchando contra el pecado y la muerte. Por tanto, la asunción de María no es una realidad alienante para el pueblo de Dios en camino, sino un estímulo y un punto de referencia que lo compromete en la realización de su propio camino histórico hacia la perfección escatológica final. Celebrar la asunción de María, la petición tiene que dirigirse a suplicar que cuanto se realizó -después de Cristo- en la Virgen Madre se realice también para nosotros, sus hijos. Ni pesimismo: todo acaba con nuestra muerte. Ni orgullo prometeico: yo alcanzaré mi plenitud y realización aquí en la tierra, robando a escondidas el fuego a nuestro Dios, sin necesidad de Él ni de su cielo. Así como María fue llevada en cuerpo y alma al cielo inmediatamente después de terminar el curso de su vida aquí en la tierra, así también nosotros resucitaremos en nuestros cuerpos al final de los tiempos, cuando venga Jesucristo por última vez.

Para reflexionar: San Juan Damasceno, el más ilustre transmisor de esta tradición, comparando la asunción de la santa Madre de Dios con sus demás dotes y privilegios, afirma, con elocuencia vehemente: *“Convenía que aquella que en el parto había conservado intacta su virginidad conservara su cuerpo también después de la muerte libre de la corruptibilidad. Convenía que aquella que había llevado al Creador como un niño en su seno tuviera después su mansión en el cielo. Convenía que la esposa que el Padre había desposado habitara en el tálamo celestial. Convenía que aquella que había visto a su hijo en la cruz y cuya alma había sido atravesada por la espada del dolor, del que se había visto libre en el momento del parto, lo contemplara sentado a la derecha del Padre. Convenía que la Madre de Dios poseyera lo mismo que su Hijo y que fuera venerada por toda criatura como Madre y esclava de Dios”*.

Para rezar: Hoy, tu Hijo, te viene a buscar, Virgen y Madre: *“Ven, amada mía”, te pondré sobre mi trono, prendado está el Rey de tu belleza. Te quiero junto a mí para consumir mi obra salvadora, ya tienes preparada tu “casa” donde voy a celebrar las Bodas del Cordero*”. Dichosa tú que has creído, porque lo que se te ha dicho de parte del Señor, en ti ya se ha cumplido. Madre, prepárame un lugar en el cielo, junto a Ti.

Domingo 20 del Tiempo Ordinario, Ciclo B



Pro 9, 1-6



Ef 5, 15-20



Jn 6, 51-58

Idea principal: La Eucaristía es *banquete* celestial donde Cristo nos une a Él en la comunión.

Síntesis del mensaje: Vimos en los domingos pasados algunas dimensiones de la Eucaristía: la Eucaristía como *sacrificio*, como *presencia* real de Cristo y como *prenda de inmortalidad*. Hoy la liturgia nos propone otra dimensión: la Eucaristía como *banquete* y alimento que nos une a Cristo en la comunión (1ª lectura y evangelio). Y los términos que san Juan emplea y repite son de un realismo que no cabe duda alguna: no es cualquier comida, sino comida celestial. A esta comida son invitados todos sin excepción, como dice san Francisco de Sales: “*los perfectos para no decaer; los imperfectos, para que aspiren a la perfección; los fuertes para no enflaquecer; los débiles para robustecerse; los enfermos para sanar; los sanos para no enfermar*” (Introducción a la vida devota, II, 21). Lógicamente, con las debidas disposiciones interiores.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, valoremos este aspecto de la Eucaristía como *banquete* que nos une a Cristo. Banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y Sangre del Señor. Mediante la comunión, Cristo entra en común unión íntima con nosotros. Nos hace partícipes de su vida divina. Somos contemporáneos de la Última Cena. Conserva, aumenta y renueva la vida de gracia recibida en el bautismo. Nos separa del pecado. Borra los pecados veniales. Nos preserva de los pecados mortales futuros. Y nos da la prenda de la gloria futura, como ya vimos. La aspiración a la comunión con Dios está presente en todas las religiones. De ahí, los sacrificios y comidas sagradas en las que se considera que Dios comparte algo con el hombre. Esos sacrificios del Antiguo Testamento preparan ya ese deseo del hombre de entrar en comunión con Dios. Fue Cristo quien llenó ese deseo del hombre. Con su Encarnación, Cristo compartió nuestra naturaleza humana para hacernos partícipes de su naturaleza divina. Fue en la Eucaristía donde Dios concretó e hizo realidad este deseo del hombre. De una manera plástica san Juan Crisóstomo dice: “*Tenemos que beber el cáliz como si pusiésemos los labios en el costado abierto de Cristo*”.

En segundo lugar, ¿qué efectos produce, pues, esta comunión del Cuerpo y Sangre de Cristo en nosotros? *Efecto cristológico*: nos incorpora a Cristo, aumentando la gracia y concediéndonos el perdón de los pecados veniales. *Efecto eclesiológico*: nos une a la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, pues la Eucaristía simboliza la unidad de la Iglesia; es más, construye y edifica a la Iglesia como nos dijo san Agustín y nos lo recordó san Juan Pablo II en su encíclica sobre la Eucaristía. *Efecto escatológico*: la Eucaristía es banquete del Reino, inaugurado por Cristo y que se consumará de forma definitiva en el cielo. La Eucaristía es figura del banquete celestial. La Eucaristía anticipa el gozo del banquete futuro. La comunión es el germen y remedio de inmortalidad, como nos dijo san Ignacio de Antioquía.

Finalmente, ahora bien, para entrar en este *banquete* se necesitan unas condiciones. *Primero*, fe, pues la Eucaristía es un misterio de fe. Vemos, saboreamos y tocamos pan; pero ya no es pan, sino el Cuerpo Sacratísimo de Cristo y la Sangre bendita de Cristo. “No te preguntes si esto es verdad, sino acoge más bien con fe las palabras del Señor, porque Él, que es la Verdad, no miente” (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica* III, 75, 1). *Segundo*, humildad, para reconocernos hambrientos y necesitados de ese Pan de vida eterna. Quien está ahito y lleno de los manjares terrenos, difícilmente tendrá hambre de este manjar celestial. *Tercero*, con el alma limpia de pecado grave. El alma en gracia es el traje de fiesta que pedía Jesús (cf. Mt 22, 11). San Juan Crisóstomo dice: “Si te acercas bien purificado, recibes gran beneficio; si te acercas manchado de culpa, te haces acreedor a la pena y al castigo eterno. Porque con tus culpas le vuelves a crucificar” (Homilía evangelio de san Juan, 45). Junto a estas disposiciones interiores están las disposiciones externas: ayuno, es decir, no comer nada una hora antes de comulgar; el modo digno de vestir y las posturas respetuosas. El cura de Ars decía: “Debemos presentarnos con vestidos decentes; no pretendo que sean trajes ni adornos ricos, mas tampoco deben ser descuidados y estropeados...Habéis de venir bien peinados, con el rostro y las manos limpias” (Sermón sobre la comunión).

Para reflexionar: ¿Me acerco a la santa misa y a la santa comunión con el alma en gracia? ¿Tengo hambre de Cristo Eucaristía o puedo pasarme meses y meses sin comulgar? En el caso de que no pueda comulgar sacramentalmente, ¿he aprendido a hacer ya una comunión espiritual?

Para rezar: Gracias, Señor, porque en la Última Cena partiste tu pan y vino –ya consagrados en tu Cuerpo y Sangre- en infinitos trozos, para saciar nuestra hambre y nuestra sed... Gracias, Señor, porque en el pan y el vino consagrados nos entregas tu vida y nos llenas de tu presencia. Gracias, Señor, porque nos amaste hasta el final, hasta el extremo que se puede amar: morir por otro, dar la vida por otro. Gracias, Señor, porque quisiste celebrar tu entrega, en torno a una mesa con tus amigos, para que fuesen una comunidad de amor. Gracias, Señor, porque en la Eucaristía nos haces UNO contigo, nos unes a tu vida, en la medida en que estamos dispuestos a entregar la nuestra... Gracias, Señor, porque todo el día puede ser una preparación para celebrar y compartir la Eucaristía... Gracias, Señor, porque todos los días puedo volver a empezar..., y continuar mi camino de fraternidad con mis hermanos, y mi camino de transformación en ti.

Domingo 21 del Tiempo Ordinario, Ciclo B

PRIMERA
LECTURA

Josué 24, 1-2a, 15-17, 18b

SEGUNDA
LECTURA

Ef 5, 21-32

EVANGELIO

Jn 6, 60-69

Idea principal: La Eucaristía nos pone ante una *disyuntiva*: “¿También vosotros queréis marcharos?”: creer o abandonarlo.

Síntesis del mensaje: Hoy terminamos la lectura del capítulo 6 de san Juan, sobre el discurso eucarístico. Y lo terminamos con las reacciones de los presentes ante las palabras de Jesús: “¿Quién puede tolerar este discurso tan duro?”. Es la misma *disyuntiva* que puso Josué a los suyos al entrar en la tierra prometida: “¿Prefieren servir a Yahvé o a los dioses falsos?” (1ª lectura).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, en la primera lectura está clara la *disyuntiva*: ¿a quién elegir: a Yahvé o a los dioses extranjeros? Los dioses de “más allá del río” exigen menos, son más cómodos, no prohíben esto y aquello; no imponen no robar, no fornicar, no matar. Lo que exige la Alianza de Yahvé es mucho más duro que la floja moral de los dioses de los pueblos vecinos. Josué, sucesor de Moisés, convoca en asamblea solemne a todos, para renovar la Alianza del Sinaí, un tanto olvidada ya, y les plantea una clara *disyuntiva*: ¿a quién quieren servir, al Dios que les ha liberado de Egipto o a los dioses que van encontrando en los pueblos vecinos y que son más permisivos? Porque siguen teniendo la tentación terrible de la idolatría. Ese día la respuesta del pueblo a Josué fue: ¡elegimos a Dios! Y así el pueblo en Siquem, reunido en asamblea con Josué, pudo entrar en posesión de la tierra prometida. Sabemos también que luego en su historia, el pueblo de Israel faltó muchas veces a lo prometido.

En segundo lugar, ahora es Cristo quien pregunta a los que le seguían: ¿queréis quedaros conmigo o ir os? De nuevo la *disyuntiva*. Lo que pedía Jesús a los suyos no era fácil, porque suponía un cambio de mentalidad y de vida. Son libres. Jesús ve que algunos se van marchando, asustados por sus palabras y hace esa pregunta directa a sus apóstoles. En efecto, algunos se van y otros se quedan. Pedro, que no entiende mucho de lo que ha dicho Jesús

-como tampoco debían entender los demás- pero que tiene una fe y un amor enormes hacia Cristo, contesta decidido: “¿A quién iremos?”. Han hecho la opción por Él y se quedan los doce que formarán la Iglesia, pero ya no se quedan como antes, sin compromiso; ahora saben que lo han elegido para la vida y para la muerte. En Cafarnaúm, fue la primera comunidad apostólica, todavía fiel, la que dijo, por boca de Pedro: “Señor, ¿a quién iremos?”.

Finalmente, nos toca a nosotros responder hoy a Cristo: ¿a quién vamos a seguir: a él y su doctrina o al mundo con sus propuestas fáciles, tentadoras y embriagantes? De nuevo la *disyuntiva*. También nosotros como el pueblo de Israel (1ª lectura) y como los primeros discípulos de Jesús (evangelio) hemos sido elegidos. Elegidos como objeto de su amor, admitidos en la familia de Dios en el bautismo, admitidos a su misma mesa en la Eucaristía, admitidos a la “feliz esperanza” de la venida de su Reino. Por nuestra parte, también nosotros hemos elegido a Dios. Prueba de esto: nuestro bautismo, reafirmado en la confirmación. Prueba de esto: tomamos la primera comunión. Prueba de esto: nos casamos en Cristo por la Iglesia. Pero, ¿qué nos pasa? Somos inestables. Nuestra vida se parece a la tela de Penélope: es un continuo hacer y deshacer propósitos, un oscilar continuo entre los dos polos de atracción que son Dios y el mundo con sus ídolos. Servimos a dos señores. Pero Dios detesta esto. O a Él o al mundo. Dios es celoso. Y por eso, no estamos de acuerdo con la doctrina del matrimonio indisoluble. Y por eso no aceptamos la doctrina sobre la moral sexual y regulación de la natalidad que la Iglesia enseña y defiende. Y por eso rehuimos de la cruz, cuando la vemos asomar en la esquina. Y por eso, guiñamos el ojo ante las ideologías que nos están sirviendo en el plato, por ejemplo, la ideología del género. Y no aceptamos lo de poner la otra mejilla. Y ahí estamos: doblando una rodilla ante Dios y la otra ante Baal. ¡Cuántos pasan de una plegaria a la blasfemia! Salen de la Iglesia y se van a lugares de perdición. No, hay que hacer una opción: o Cristo o el mundo. O el evangelio de Cristo o las máximas del mundo.

Para reflexionar: ¿A quién estoy alimentando y siguiendo en mi vida: al hombre viejo y pasional, o al hombre nuevo, que vive conforme al Espíritu? ¿Opté ya por Cristo y su Evangelio o prefiero escuchar y seguir las sirenas de este mundo? ¿Cada cuanto renuevo mis promesas bautismales?

Para rezar: con santo Tomás de Aquino, quiero rezar:

“Todopoderoso y eterno Dios, me acerco al sacramento de tu Unigénito Hijo, mi Señor Jesucristo, como enfermo al médico de la vida, como manchado a la fuente de la misericordia, como ciego a la luz de la eterna claridad, como pobre y mendigo al Señor del cielo y de la tierra. Ruego, pues, Señor, a tu infinita generosidad que dignes curar mi enfermedad, lavar mis manchas, alumbrar mi ceguera, enriquecer mi pobreza, vestir mi desnudez, para que me acerque a recibir el pan de los ángeles, al Rey de los reyes y Señor de los que dominan, con tanta reverencia y humildad, con tanta contrición y devoción, con tanta pureza y fe, con tal propósito e intención como conviene a la salud de mi alma. Concédeme, te ruego, recibir no sólo el sacramento del cuerpo y la sangre del Señor sino también la gracia y virtud del sacramento. Benignísimo Dios, concédeme recibir el cuerpo que tu Hijo Unigénito, nuestro Señor Jesucristo, tomó de la Virgen María, de tal manera que merezca ser incorporado a su Cuerpo Místico y ser contado entre sus miembros”.

Domingo 22 del Tiempo Ordinario, Ciclo B



Deut 4,1-2,6-8



Sant 1, 17-18,21-27



Mc 7,1-8,14-15,21-23

Idea principal: ¿En qué consiste la verdadera religión?

Síntesis del mensaje: Nuestra religión no está hecha de exterioridades, como creían algunos fariseos a quienes Cristo trata con tanta dureza en el evangelio, a punto de querer agradar a Dios y ganarse la salvación. Esas “cosas” en un principio fueron adornos de la religión, luego contrincantes de la religión y finalmente suplantaron a la religión.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, la verdadera religión no es de labios para afuera. “Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí” (Is 29, 13). La verdadera religión la hemos sustituido muchas veces por ritos, costumbres, piedades, tradiciones. Oír misa, bautizar a la criatura, hacer la primera comunión, casarse por la Iglesia, arrodillarse en el confesonario, enterrar a un muerto cristianamente, peregrinaciones y procesiones, etc. no son la religión. Esas son cosas de la religión, pero no la religión. Prueba de ello es que no siempre existieron esas “cosas” pero siempre existió la religión. Otras veces fueron otras costumbres, ritos, tradiciones...pero la religión fue la misma. Cristo no está despreciando las normas de vida de los judíos: Él dijo que no había venido a abolir la ley, sino a darle plenitud y llevarla a la perfección. Jesús interiorizó esa ley, para que no nos conformemos con la apariencia exterior. Jesús condena el legalismo formalista, sin alma, sin sensibilidad, sin caridad, que esclaviza más que libera.

En segundo lugar, la verdadera religión es la fe en Jesús vivo, muerto, resucitado, glorificado, Hijo de Dios. Fe es la actitud trascendental del corazón del hombre, para quien Jesús lo es todo, como su escala de valores y de principios, sus esperanzas eternas, sus destinos...La actitud trascendental es la obediencia a Dios, el seguimiento de los dictámenes de la conciencia recta y el servicio desinteresado a los hombres (2ª lectura). La fe, pues, es la actitud

transcendental del corazón como estilo de vida; sin esa fe no hay ni misa ni sacramentos ni teología ni moral...que valgan, pero con esa fe en Dios misa y sacramentos y piedades...hacen la religión florida y hermosa. O sea, creyentes, más que practicantes, quiere Dios. Y si practicantes, es porque le dan vida y espíritu a la letra, que de por sí sólo mataría. Es decir, que a misa, sacramentos y piedades se les echa alma, espíritu, corazón y vida o aquí ni hombre ni religión ni nada.

Finalmente, concretemos lo dicho. Por ejemplo, algunas primeras comuniones son ya suntuosas como una boda, y eso es un escándalo económico, social y religioso. ¿Esa es la religión verdadera? Algunas bodas son ya un rito tan secularizado como una fiesta social, donde valen más las fotos, el video y la parafernalia musical... y eso es una degradación, la humillación y el desprestigio del sacramento. ¿Religión verdadera? Y así las confesiones mecánicas, las comuniones mercantiles: “*voy a ofrecer esta comunión para conseguir esta o aquella gracia para...*”. ¿Qué decir de procesiones o peregrinaciones que parecen más una feria donde se vende todo, que un gesto exterior de algo profundo del corazón? ¿Religión verdadera? Ahora entendemos por qué Jesús fue tan duro con estos fariseos ritualistas que cifraban la religión en prácticas exteriores y no en la fe en Dios. Por eso Jesús, entre el hombre y el sábado, se quedaba con el hombre, para quien ahí está el sábado; no al revés. Por eso, Jesús echó una mano al hombre religioso y le asentó la mano al hombre ritualista (cf. Mc 2, 27). El año, mes y día, en que Jesús dijo –evangelio de hoy– que las cosas externas no hacen malo al hombre sino las internas oriundas del corazón son las que le hacen bueno, malo, regular, santo, etc., en ese momento pronunció Jesús “*una de las mayores frases en toda la historia de las religiones*” (Montefiore). Frase que va al corazón del hombre –en sentido bíblico de la expresión–, es decir, a la inteligencia, la voluntad y el sentimiento del hombre...Esa es la *verdadera religión*, que vino a enseñarnos Jesús, el Hijo de Dios.

Para reflexionar: ¿Soy hombre religioso o sólo ritualista? ¿Ritualista o espiritualista? ¿Creyente o sólo cumplidor? ¿Vivo en esa actitud transcendental, en obediencia a Dios, en el seguimiento de la conciencia recta y en el servicio desinteresado a los hombres (2ª lectura)? Huyamos del fariseísmo y del ritualismo sin fe y sin alma (evangelio), para ser gratos a Dios (salmo). Fueron los “practicantes” los que llevaron a la cruz a Cristo y lo mandaron crucificar. ¿Dónde estaba la fe de esos “piadosos practicantes”?

Para rezar: Hazme entender que tú me conoces enteramente, pues eres mi Creador, y sabes de todas mis cosas. Y eres tú, mi Señor, quien me transformas, quien me instruyes, quien me modelas, quien me perfeccionas, quien haces de mí tu hijo, quien me ama y quien me salva. Finalmente, Señor, haz que me deje caer confiado y esperanzado en tus manos y, como un niño en brazos de su padre, me duerma en tu regazo.

Domingo 23 del Tiempo Ordinario, Ciclo B



Is 35,4 - 7a



St 2, 1-5



Mc 7,31-37

Idea principal: la humanidad hoy en cierto sentido es *sordomuda*. Necesita del toque de Cristo para sanar y el grito de Jesús: “Éffeta”.

Síntesis del mensaje: Dios, en Cristo, eligió a los pobres, se inclinó sobre quienes están afligidos por la enfermedad y sobre los de corazón triste, y ahora nos pide a nosotros, sus discípulos, que hagamos lo mismo, siendo canales del “Éffeta” de Jesús.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, Jesús se acerca a este *sordomudo*, como se acercó a los pobres, a los leprosos, al paralítico. Y acercándose los eleva, los cura, los hace volverse criaturas humanas, los enriquece de esperanza y de fe. Y se acerca y los toca, no sólo con su palabra sino con sus gestos humanos, con su humanidad. Tocó a este sordomudo, le humedeció la lengua. De siempre en el mundo antiguo tuvo la saliva tales efectos curativos. Jesús levantó los ojos al cielo como quien ora, respiró hondo como quien se apena ante la desgracia ajena o como quien coge impulso curativo, pronunció la palabra mágica: “Éffeta...ábrete” y el sordo tartaja oyó y habló como un hombre. Estas circunstancias destacan el papel de la humanidad de Cristo, instrumento de su poder divino. Resulta impresionante saber que Dios no se acerca a nosotros solamente con su Palabra espiritual sino que además nos toca. Dios llega a nosotros a través de las manos de Cristo, de su saliva. Y así cura nuestra alma y nuestro cuerpo, como lo hizo con el lisiado del evangelio. Los dedos del Señor, que se hundieron en las orejas del enfermo, no sólo abrieron sus oídos al sonido humano, sino también a la Palabra de Dios. Y la saliva divina, puesta sobre la lengua de ese tartamudo, no sólo la liberó de su traba natural, sino que le comunicó la agilidad necesaria para orar y para cantar la gloria de Dios.

En segundo lugar, este *sordomudo* es paradigma y prototipo de una humanidad cerrada a la voz de Dios e incapaz de alabar al Señor. Así lo entendió la Iglesia al escoger los gestos de Jesús para elaborar su ritual del Bautismo. Sin el bautismo éramos espiritualmente sordos,

sólo capaces de escuchar la voz de “la carne y de la sangre”, pero no la voz de Dios. Sin el bautismo éramos espiritualmente tartamudos, indignos y privados del derecho de llamar a Dios “Padre nuestro”, incapaces de decir siquiera “Señor Jesús” ya que, como enseña san Pablo, nadie puede decir tal cosa “sin la ayuda del Espíritu Santo”. Muchos hombres de hoy están sordos como una tapia cuando les habla Dios desde la Biblia, desde los sacramentos, desde la voz de la Iglesia, desde el clamor de los pobres. No logran escuchar o no quieren escuchar el “Éffeta” de Jesús. ¿Por qué? Porque el mundo les ha roto los tímpanos del espíritu; y tanta carcajada mundana les ha atrofiado la boca del alma. Otros, gracias a Dios, entran en el templo y adoran, rezan, cantan, oyen, hablan...a Dios. Estos, en una sociedad descristianizada y neopagana, son una señal fluorescente de Dios, un milagro.

Finalmente, Cristo resucitado sigue curando hoy a la humanidad a través de la Iglesia. Durante dos mil años, la Iglesia se ha dedicado, no sólo a predicar la Palabra y perdonar los pecados, sino también a curar enfermos, atender a los pobres, ancianos y marginados, luchar contra todo tipo de opresión e injusticia, trabajar por la liberación integral de la persona. Basta ver la lista de los santos y santas fundadores, y obispos y sacerdotes, que incluso dieron la vida por esta causa del evangelio. Esta misión no sólo es de los ministros sagrados y consagrados y religiosas. Es de todo bautizado, cada uno en su campo de acción: familia, trabajo, amigos, parroquia, periferias. Pero tal vez, Jesús nos quiera curar también a nosotros hoy, porque tenemos los oídos y los labios cerrados.

Para reflexionar: ¿Soy capaz de ayudar a los ciegos que no ven o no quieren ver, para que sepan cuáles son los caminos de Dios? ¿Y a los sordos, para que se enteren del mensaje de salvación de Dios? ¿O a los mudos, para que se suelte su lengua y recobren el habla en los momentos oportunos?

Para rezar: Señor, quiero escuchar hoy también en mi vida el “Éffeta...ábrete”, para que mis oídos se abran a tu Palabra y mi boca la lleve por todo el mundo, comenzando por los más cercanos. Ora sobre tus oídos y pide: “Éffeta”. Ábrete para la Palabra de Dios: yo quiero escuchar tu voz, Señor, quiero escuchar tus mociones. Abre mis oídos para las palabras buenas. Ora pidiendo para que tengas oídos de discípulo. Coloca tus manos sobre tus ojos y pide: “Éffeta”. Señor, quiero tener una mirada de misericordia sobre las situaciones, sobre las personas, no quiero tener ojos maliciosos. Quiero verte en las personas, Jesús. Quiero verte en las situaciones. Con las manos en tu boca grita: “Éffeta”. Quiero tener boca de discípulo. Que salgan de mi boca palabras que sanan, salvan, liberan y no palabras de desánimo. Abre mis labios para que yo sea un anunciador de tu Palabra. Y con las manos sobre tu corazón di: “Éffeta”. Quiero tener tu corazón, Jesús. Abre mi corazón para amar, para perdonar. Abre mi corazón para no guardar odio de nadie. Yo quiero, Señor, abre mi corazón.

Domingo 24 del Tiempo Ordinario, Ciclo B



Is 50, 5-9



St 2, 14-18



Mc 8, 27-35

Idea principal: ¿Quién es Jesús en verdad y cuál es su misión?

Síntesis del mensaje: Hoy leemos la primera confesión clara de Pedro: “Tú eres el Mesías”. Al final escucharemos, después de haber pasado Cristo por su pasión, muerte y resurrección, la sorprendente afirmación del centurión romano: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ¿quién es Jesús para muchos? Aquí tenemos diversas respuestas que se han dado a lo largo de los siglos. Los judíos: “Es un samaritano” (Jn 8,48). Los samaritanos: “eres el verdadero salvador del mundo” (Jn 4,42). Los fariseos: “Es un comilón y borracho” (Mt 11,19). Natanael: “Tú eres el Hijo de Dios” (Jn 1, 49). Sacerdotes y fariseos: “es un mentiroso” (Mt 27,63). Juan Bautista: “Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29). Andrés : “Hemos encontrado al Mesías” (Jn 1,41). Gente: “Está loco” (Jn 7,20). Tomás: “Señor mío y Dios mío” (Jn 20,28). Parientes: “No está en sus cabales” (Mc 3,21). Mahatma Gandhi, artífice de la independencia de la India en 1947: “Jesús es la figura más grande de la historia”. El poeta hindú Tagore: “Si los cristianos fuerais como vuestro maestro, tendríais ya la India a vuestros pies”. Ibn Arabí, filósofo, teósofo y místico musulmán: “Aquel cuya enfermedad se llama Jesucristo ya no se puede curar”. Jean Fernoit (periodista): “Durante largo tiempo he creído que Jesucristo era hijo de Dios, Dios mismo. Ahora no estoy seguro. Pero poco importa. Ningún hombre jamás ha hablado ni amado como él. Él nos ha dicho que estaba en cada uno de nosotros, pero esto no llego a creérmelo todavía”. Eddy Merck, ciclista belga: “Deseo dar a conocer a Jesús a todos aquellos que no le conocen. Para mí Cristo tiene una presencia continua en toda mi vida. Creo profundamente en Él, en su historia y en su divinidad”. K. Rahner, uno de los teólogos católicos jesuitas más importantes del siglo XX: “Cristo es la respuesta total a la pregunta total del hombre”. Luis Fernández: “soy lo que soy, porque he encontrado en Jesucristo la fuente de dos grandes valores de mi vida: la libertad y el amor”. El escritor ruso Dostoievski: “No hay nada más hermoso, más profundo, más amable, más razonable, más valiente, más perfecto que Cristo, y me digo a mí mismo con amor celoso que no puede haber nadie más perfecto”.

En segundo lugar, Jesús ¿quién dice ser él mismo? Todo menos triunfalista, charlatán, ganador de votos y carrerista. Él se definió así, como escribí en mi primer libro sobre Jesucristo: “Yo soy el Camino, la Verdad, la Vida, la Resurrección, la Luz del mundo, el Buen Pastor, la Puerta de las ovejas, el Pan de vida, la Vid verdadera, Rey de los corazones”. Los apóstoles recibieron de Jesús una buena reprimenda, porque no le entendían. Aún resuena en nuestros oídos lo que le dijo a Pedro: “¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!”. Ser como Satanás significa que Pedro, sin quererlo, le estaba tentando a Jesús a que no aceptase el plan de Dios, sino que siguiera las apetencias humanas que buscan el éxito y la victoria. El camino de Jesús era la cruz. A los apóstoles no les entraba en la cabeza que su Maestro, el Mesías, pudiera fracasar. Tenemos que aceptar a Cristo no sólo como Mesías, sino también como el Siervo que se entrega por los demás, que afrontó la humillación, los golpes, los escupitajos, la corona de espinas, los ultrajes, como nos dice Isaías hoy en la primera lectura, prefigurando a Cristo como el Siervo de dolor. Hoy Jesús condenó el triunfalismo de Pedro y, al condenarlo, condenó el triunfalismo de la Iglesia Licinio-constantiniana y de los cristianos y jerarcas triunfalistas.

Finalmente, y ¿quién es Jesús para nosotros? Cada uno de nosotros ha hecho o está haciendo la propia experiencia de Cristo. Cada uno de nosotros debe responder a esta pregunta que nos hace hoy Jesús. ¿Médico, Amigo, Maestro, Pastor, Agua viva, Pan de vida eterna, Señor de nuestra vida, Juez supremo, Redentor de nuestros pecados? Lo que tiene que quedar bien claro es esto: no hay en todos los libros sagrados inspirados por Dios ni otro mesías que el doliente de los profetas ni otro Jesús que el nacido para la vejación, la cruz y la resurrección ni otra Iglesia que la fundada para el servicio y salvación de los hombres ni otro cristiano que el imitador de Cristo. Querer una Iglesia triunfalista es desnaturalizar, secularizar y socializar la Iglesia. Tenemos que convencernos que el triunfalismo es antievangélico. Tachemos de nuestra agenda toda altivez y empaque religioso, y vivamos humildes, alegres y firmes en la fe mesiánica proclamada por Cristo en el evangelio de hoy, no por Pedro, a quien Cristo tuvo que llamarle fuertemente la atención.

Para reflexionar: ¿Me gusta sólo que Cristo me lleve al Tabor, donde está el resplandor y la luz? ¿O también acepto que me invite y me lleve al Calvario, para acompañarle en la gran empresa de la Redención, aunque tenga que sudar sangre? ¿Qué concepto tengo de Cristo y de Iglesia: triunfalista o humilde?

Para rezar: *JESÚS, hijo de María y de José, hermano y salvador nuestro: Un día preguntaste a tus discípulos qué se comentaba de Ti, cuál era la opinión acerca de tu persona. Y, si juzgamos las respuestas, muchos no te conocían de verdad. Sólo Pedro, el futuro primer Papa, dio la respuesta buena: TÚ ERES EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS VIVO. Aún hoy, son tan variadas las ideas sobre tu persona, que se podrían escribir miles de libros y de teorías. Pero a nosotros, lo que nos preocupa es llegar a conocerte mejor para amarte más. Sabemos que no eres un mago, ni un brujo, sino alguien muy superior a ellos; aunque a veces, no podemos negarlo, hemos corrido con ellos. Nuestro sincero deseo es experimentar tu Amor Y transmitirlo a nuestros hermanos. Ojalá nos quieras iluminar con tu Espíritu Santo, y que nosotros, tus hermanos, podamos decir con los labios, y manifestar con nuestros hechos que TÚ ERES EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS VIVO.*

Domingo 25 del Tiempo Ordinario, Ciclo B



Sb 2,17-20



St 3, 16-4,3



Mc 9, 29-36

Idea principal: Hacernos como *niños*.

Síntesis del mensaje: Reconquistemos la infancia espiritual.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, protagonistas a primera vista en el evangelio de hoy: *los niños*. Los japoneses tienen al niño en vitrina, los alemanes en el colegio, los españoles en los altares. Los judíos en cambio los toleraban porque serían algún día adultos. Su presencia nada significaba en las sinagogas, ni en parte alguna. Parecía que el llegar a viejo era la cima de los méritos. Conversar con un niño era tirar y desperdiciar las palabras. Cuando vemos a los apóstoles apartando de su Maestro a los críos entendemos que no hacían sino lo que hubiera hecho cualquier otro judío de la época. Pero Jesús rompería con su época. Donde prevalecía la astucia, entronizaría la sencillez; donde mandaba la fuerza, ensalzaría la debilidad; en un mundo de viejos, pediría a los suyos que volvieran a ser niños. Sí, algo tiene de especial la niñez para Jesús.

En segundo lugar, el *niño* de ordinario no tiende trampa, no es malicioso (1ª lectura). El niño tampoco se deja llevar de la codicia hasta el punto de ambicionar lo indeseable (2ª lectura). El niño es transparente, sincero. Quien mejor entendió esta infancia espiritual fue santa Teresita del Niño Jesús. He aquí sus palabras: *“puedo, pues, a pesar de mi pequeñez, aspirar a la santidad. ¡Engrandecerme, es imposible! He de soportarme tal como soy, con mis innumerables imperfecciones; pero quiero buscar la manera de ir al cielo, por un caminito muy recto, muy corto, por un caminito enteramente nuevo...Quiero también encontrar un ascensor para remontarme hasta Jesús, puesto que soy demasiado pequeña para subir por la ruda escalera de la perfección...He pedido, entonces, a los Libros Santos que me indiquen el ascensor deseado, y he encontrado estas palabras pronunciadas por boca de la misma Sabiduría eterna: Si alguno es pequeñito que venga a mí. Me he acercado, pues, a Dios, adivinando que había encontrado lo que buscaba, y, al querer saber lo que hará Dios con el pequeñito, he proseguido buscando, y he aquí lo que he encontrado: Como una madre acaricia a su hijito, así os consolaré yo: a mi pecho seréis llevados, y os acariciaré sobre mis rodillas...¡Ah!, nunca habían venido a alegrar mi alma unas*

palabras de Jesús y la mirada de Dios. Él dice: "que me ha de subir al cielo, son vuestros brazos, ¡oh, Jesús! Para esto, no tengo ninguna necesidad de crecer, antes, al contrario, conviene que continúe siendo pequeña y, cada día, lo sea más". Sí, algo de especial tiene la niñez a los ojos de Dios.

Finalmente, Jesús nos invita hoy a la reconquista de la infancia espiritual. Les dejo aquí unos párrafos de mi libro sobre Jesucristo: *"la infancia que Jesús propone no es el infantilismo, que es sinónimo de inmadurez, egoísmo, capricho. Es, más bien, la reconquista de la inocencia, de la limpieza interior, de la mirada limpia de las cosas y de las personas, de esa sonrisa sincera y cristalina, de ese compartir generosamente mis cosas y mi tiempo. Infancia significa sencillez espiritual, ese no complicarme, no ser retorcido, no buscar segundas intenciones. Infancia espiritual significa confianza ilimitada en Dios, mi Padre; fe serena y amor sin límites. Infancia espiritual es no dejar envejecer el corazón, conservarlo joven, tierno, dulce y amable. Infancia espiritual es no pedir cuentas ni garantías a Dios. Ahora bien, la infancia espiritual no significa ignorancia de las cosas, sino el saber esas cosas, el mirarlas, el pensarlas, el juzgarlas como Dios lo haría. La tergiversación de las cosas, la manipulación de las cosas, los prejuicios y las reservas, ya traen consigo la malicia de quien se cree inteligente y aprovechado. Y esta malicia da muerte a la infancia espiritual. La infancia espiritual no significa vivir sin cruz, de espaldas a la cruz; no significa escoger el lado dulzón de la vida, ni tampoco escondernos y vendar nuestros ojos para que no veamos el mal que pulula en nuestro mundo. No. La infancia espiritual, lo comprendió muy bien santa Teresita del Niño Jesús, supone ver mucho más profundo los males y tratar de solucionarlos con la oración y el sacrificio. Y ante la cruz, poner un rostro sereno, confiado e incluso sonriente. Casi nadie de sus hermanas del Carmelo se daba cuenta de lo mucho que sufría santa Teresita. Ella vivía abandonada en las manos de su Padre Dios. Y eso le bastaba"*.

Para reflexionar: Gran tarea: hacernos como niños. Requiere mucha dosis de humildad, de sencillez. Dios nos dice que debemos pasar por la puerta estrecha, si queremos entrar en el cielo. En el Reino de Dios sólo habrá niños, niños de cuerpo y de alma, pero niños, únicamente niños. Dios, cuando se hizo hombre, empezó por hacerse lo mejor de los hombres: un niño como todos. Podía, naturalmente, haberse encarnado siendo ya un adulto, no haber "perdido el tiempo" siendo sólo un chiquillo...Pero quiso empezar siendo un bebé. Lo mejor de este mundo, ¡vaya que lo sabía Dios!, son los niños. Ellos son nuestro tesoro, la perla que aún puede salvarnos, la sal que hace que el universo resulte soportable. Por eso dice Martín Descalzo que si Dios hubiera hecho la humanidad solamente de adultos, hace siglos que estaría podrida. Por eso la va renovando con oleadas de niños, generaciones de infantes que hacen que aún parezca fresca y recién hecha. Los niños huelen todavía a manos de Dios creador. Por eso huelen a pureza, a limpieza, a esperanza, a alegría. ¡No maniatemos a ese niño que llevamos dentro con nuestras importancias, no lo envenenemos con nuestras ambiciones! Por la pequeña puerta de la infancia se llega hasta el mismo corazón del gran Dios.

Para rezar: Señor, hazme como un niño. Sólo así podré entrar en tu Reino.

Domingo 26 del Tiempo Ordinario, Ciclo B



Nm 11,25-29



Sant 5, 1-6



Mc 9,37-42

Idea principal: Cuidemos en nuestra vida la *intolerancia*, los celos y la intransigencia, pues no son evangélicos. Nadie tiene el monopolio del Espíritu, pues Él sopla donde quiere y cuando quiere.

Síntesis del mensaje: No es propio del Cristianismo el ser *intolerante*, tajante y radical. Basta ver a Jesús manso y humilde de corazón que tuvo paciencia con los apóstoles, que predicaba el Reino con respeto, exigía desde los valores de la justicia, verdad y solidaridad, y valoraba las cosas positivas de los maestros de la ley y fariseos.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, Moisés no se puso celoso porque Eldad y Medad profetizaran. “Ojalá que todo el pueblo de Dios fuera profeta y descendiera sobre todos el espíritu del Señor”. Es un prelude de lo que nos dirá el Espíritu Santo en el concilio Vaticano II: “El Pueblo santo de Dios participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad y ofreciendo a Dios el sacrificio de alabanza...Además, el mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los ministerios...sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia” (Lumen Gentium, 12).

En segundo lugar, ahora es el apóstol Juan, quien se definía “el discípulo amado”, el que parece *intolerante* y prohíbe a uno expulsar demonios en nombre de Jesús. Cree que sólo ellos, los apóstoles, tienen el monopolio y la exclusiva de estos ministerios. Intolerante, tajante y radical, porque un hombre de pueblo se mete a exorcista y despacha a los demonios. Ya vimos en la primera lectura cómo Moisés paró los pies a esos intolerantes que le pedían que les prohibiese profetizar. La intolerancia es cerrilismo, ignorancia y pecado. La tolerancia es cortesía, inteligencia y virtud. Ahora entendemos mejor al Papa

Francisco. La intolerancia es un escándalo. Y escandalizar, según nuestra moral y el evangelio, no es dar que hablar, sino incitar, colaborar....con el pecado. En este caso la intolerancia es virtud porque su objetivo es lo malo. Las palabras de Jesús hoy son una exhortación a la tolerancia y a la magnanimidad. La exclusión sectaria, la mirada narcisista, la pretensión monopolizadora, son actitudes extrañas al espíritu de Jesús. Eliminando toda cerrazón ortodoxa, el cristianismo ha de saber acoger, apoyar y estimular a todos los hombres que defiendan una causa noble, aunque no estén inscritos en su comunidad ni pertenezcan a su confesión. A éstos, por mínima que sea su acción humanitaria, no se les negará la recompensa divina. ¡Cuánto menos la acogida humana!

Finalmente, habría que preguntarnos si realmente somos tolerantes o *intolerantes*. Tolerantes en qué. Intolerantes en qué y cuándo. Ya sabemos lo que nos vendrá. La intolerancia de los intolerantes es tan grave, que Jesús les cuelga hoy al cuello una rueda de molino ¡y al mar!, los mutila –ojo, brazo, pierna- ¡y al tostadero!, les cierra a cal y canto la puerta del cielo ¡y a la calle! Naturalmente, es un decir de decires, una hipérbole, pero no un decir por decir. La *intolerancia* religiosa es las ganas fracasadas de alzarse con el santo y la peana, es decir, con Dios en exclusiva y eso es un sacrilegio. La *intolerancia* divide a los hombres, les amarga la existencia y eso es un pecado contra el amor y su unidad. La *intolerancia* fastidia a los hombres, y los hombres por eso se enemistan con Dios. La intolerancia es intolerable. Punto.

Para reflexionar: ¿Con quién soy *intolerante*: con los demás, conmigo? ¿A qué o a quién debo ser intolerante: a mi hermano que piensa o cree distinto que yo, al pecado y al que me invita a ofender a Dios? ¿Por qué creo que yo tengo el monopolio de la verdad y la salvación? ¿Creo que “mi” verdad es “la” verdad?

Para rezar: Señor, te pido, que me liberes de mi mal carácter, agresividad e *intolerancia*. La inestabilidad de mi carácter, el mal trato hacia los que se me acercan o se relacionan conmigo, así como con mis familiares, parroquianos, amigos y vecinos gobierna, tristemente mi vida, y el daño que les causo a los demás, al prójimo, a los que en general tratan conmigo, es excesivamente doloroso, y el que me infiero a mi mismo es también insoportable y me produce una inevitable y gran culpa, al punto que me paraliza, y veo pasar los días en una secuencia interminable. Me arrepiento de haber incurrido en esta actitud y conducta, pero necesito de tu celestial y poderoso auxilio para liberarme definitivamente de la intolerancia. Te doy gracias Señor porque tú siempre escuchas al que te invoca. Amén.



Acueducto Río Hondo #218
Col. Lomas Virreyes México, DF. C.P. 11000
Tels: (55) 5520.5411 / (55) 5520.5585
www.centrologos.org